

Sobre la narrativa de María Gainza

La vida como catálogo

▲ FRANCISCO ÁLVEZ FRANCESE

A fines del año pasado el nombre de María Gainza volvió a los titulares cuando, al avisar que no podría asistir a la ceremonia de entrega del Premio Sor Juana Inés de la Cruz, se especuló, tras la cancelación del evento, que se le retiraría el galardón. El hecho, que provocó un revuelo en los medios y en las redes (con una columna de Leila Guerriero incluida), terminó en nada, y hace unas semanas autoridades de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, que organiza el premio, desmintieron que se hubiera siquiera pensado en no darle los 10.000 dólares correspondientes a la escritora.

Sea como sea, el escándalo sirvió en todo caso para volver sobre la breve pero contundente obra de esta argentina, conocida mayormente (al menos hasta que Mansalva publicó su debut narrativo) como crítica de arte. Si bien *El nervio óptico* apareció en Buenos Aires en 2014, fue en 2017, cuando la editorial española Anagrama decidió reeditar la novela, que Gainza comenzó a tener la llegada que merecía desde un principio.

El nervio óptico, elogiada por la crítica y traducida a varios idiomas, es en efecto uno de los debuts más contundentes de la literatura argentina reciente y, escrito con maestría por una autora que se mostraba ya en pleno uso de sus facultades, resulta una pieza de virtuosismo, tanto en su mezcla de géneros (el ensayo, la crítica, la divulgación, la narración pura) como en la meticulosa producción de una voz narradora. Contando, en primera persona, la vida por medio de pinturas y de anécdotas de los artistas, Gainza arma con inteligencia un retrato brutal de la protagonista y, a través de su familia, del patriciado argentino, entretejiendo relatos “verídicos”, rumores, historia, fábula, ensueño y vigilia.

Efectivamente, como esas salas de museo en las que los cuadros aparecen no solos en la pared, sino acompañados de otros que los rodean por los cuatro lados, los fragmentos de prosa de Gainza van armando una imagen a partir de las evocaciones y son a la vez independientes y parte del conjunto. Abro una página al



EL NERVIO ÓPTICO

Buenos Aires,
Mansalva,
2014 y
Barcelona,
Anagrama,
2017
160 páginas

azar (la 29 en la edición de Anagrama), por ejemplo: hay una historia sobre un falansterio en plena selva americana, del que el aventurero y traductor inglés Richard Burton oyó hablar antes de volver a Buenos Aires, seguida por un fragmento sobre la vida del pintor Cándido López (de la que ya se venía hablando), mientras que, ya en la página 30, prosigue la narración, en presente, de la narradora que llega al Museo Histórico Nacional.

La prosa de Gainza funciona en consecuencia como un inmenso mural, como un collage de impresiones que confluyen en un todo no explicable como la mera adición de las partes. En un capítulo central, en el que la figura de la madre extiende su sombra, nos sorprende la segunda persona: la narradora cuenta otra vida, cambia el foco, pero el material es el mismo. Pintores y obras, el encuentro con el arte como un punto de conmoción, la vida –la frase se encuentra al principio de *The Crack-Up*, de F Scott Fitzgerald– como proceso de derrumbamiento.

Hay, en ese sentido, una idea que vuelve: la clase alta argentina y el mundo del arte comparten una condición, en tanto se muestran como una construcción en ruinas, ruinas llenas (no hay otra cosa) de fantasmas que las habitan. La autora hace clara esa referencia mediante la peripecia de Hubert Robert y de su maestro René Slodtz, que decoraba jardines con piezas nuevas que simulaban ser restos, en un deseo de retorno a una antigüedad que, en los momentos previos a la Revolución Industrial, se erigía como una era dorada.

Esta noción, sin embargo, funciona en dos direcciones: si, por un lado, mediante columnas de tiempos y lugares lejanos que se utilizaban como decoración se señala a lo perdido, su carácter de falsas, por otro lado, sólo logra, precisamente, resaltar ese carácter de irrecuperable, de tiempo imposible, de mirada ya no inocente sobre un tiempo en apariencia mejor.

En un gesto que funciona en varios sentidos, Gainza acumula entonces referencias de personajes que vivieron “a contrapelo” de la historia y a los que se llamó, dependiendo de la época, “decadentes”, “dandies”, “esnobes”. Al centrarse precisamente en lo que estos artistas tienen de pose, no obstante, Gainza encuentra una forma pura de la verdad. De esta manera, en figuras como las del pintor franco-japonés Tsuguharu Foujita (Léonard tras su conversión al catolicismo) se cifran muchas de las oposiciones relativas como “profundidad/superficie”, “alto/bajo”, “ser/parecer”, etcétera, oposiciones sobre las que Gainza vuelve a trabajar en su segunda novela, *La luz negra*.